

EL SANTUARIO FENICIO DE LA ALGAIDA (SANLÚCAR DE BARRAMEDA, CÁDIZ)

The phoenician sanctuary of La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)

JUAN ANTONIO MARTÍN RUIZ
Universidad Internacional de Valencia
orcid.org/0000-0002-5272-4815

Recibido: 30/03/2023 Aceptado: 05/06/2023
Revisado: 04/06/2023 Publicado: 18/09/2023

RESUMEN

Planteamos un estudio de las estructuras y materiales hallados en el santuario fenicio de La Algaida en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), antaño situado en una isla en la desembocadura del río Guadalquivir en lo que fue el Lago Ligustino. Proponemos que los dos sectores conocidos formarían parte de un mismo conjunto sacro, por lo que habría perdurado hasta la época alto imperial corroborando así lo expuesto por Estrabón.

PALABRAS CLAVE

Santuario, Fenicios, La Algaida, Sanlúcar de Barrameda, Cádiz.

ABSTRACT

We carry out the study of the structures and materials found in the Phoenician sanctuary of La Algaida in Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), once located on an island at the mouth of the Guadalquivir River in the ancient Lacus Ligustinus. We propose that the two known sectors would be part of the same sacred complex, which therefore would have existed until the Roman Imperial period, thus corroborating what was described by Strabo.

KEYWORDS

Sanctuary, Phoenicians, La Algaida, Sanlúcar de Barrameda, Cádiz.

INTRODUCCIÓN

Hace ya varias décadas de la realización de una serie de campañas de excavaciones arqueológicas en el santuario fenicio de La Algaida, localizado actualmente en el gaditano término municipal de Sanlúcar de Barrameda. Sin embargo, y a pesar del tiempo transcurrido, varias décadas como veremos, todavía no disponemos de una imagen global del mismo al no haberse publicado la memoria definitiva, algo que tampoco parece que vaya a suceder en un futuro inmediato (Corzo Sánchez, 2000, 150), motivo que nos impulsa a realizar un estudio que reúna todos los restos publicados hasta ahora de forma dispersa, al mismo tiempo que procuraremos ofrecer también una interpretación del mismo.

Localizado en lo que antaño fue una antigua isla en la desembocadura del río Guadalquivir, a la entrada pues del Lago Ligustino (Corzo Sánchez, 2007, 195-197), el lugar es conocido gracias a una recogida superficial de materiales llevada a cabo en la década de 1940 por el estudioso local P. Barbadillo. Fue esa la misma década en la que E. Esteve (1952, 131) excavó un área que fue interpretada como parte de lo que consideró sería una factoría de salazones de pescado de época romana, aunque otros autores opinaron más tarde que debía tratarse de una instalación para la reparación de barcos (Corzo Sánchez, 1991, 401).

Con posterioridad, entre los años 1978 y 1984, R. Corzo acometió en un área cercana a la anterior la excavación del santuario prerromano a lo largo de seis campañas, del que exhumó aproximadamente dos tercios del mismo (Corzo Sánchez, 1991, 402), pero que, como hemos dicho, solo ha sido publicado parcialmente. De esta forma se ha estimado que la superficie total excavada en estas intervenciones vendría a suponer las tres cuartas partes del yacimiento (Vargas Girón, 2020, 236). Más tarde, en 1991, J. L. Cobos (1993, 80-81), llevó a cabo una limpieza de la zona excavada por Esteve, así como en las terreras de la llevada a cabo por Corzo, y en la que se recuperaron diversos materiales arqueológicos de ambas áreas.

Así pues, en las páginas siguientes examinaremos las características constructivas del santuario, intentando comprobar si existe alguna relación entre los dos sectores exhumados, para más adelante detenernos en los diversos materiales documentados, así como en los rituales llevados a cabo en el mismo. Y ello sin menoscabo de detenernos también en las deidades que fueron adoradas y la cronología que cabría otorgarle.

EL SANTUARIO

Aunque se ha defendido que en la Antigüedad esta zona estuvo cubierta de una densa arboleda (Corzo Sánchez, 1984, 143), lo cierto es que no disponemos de ningún tipo de análisis paleobotánico que permita avalar tal afirmación con anterioridad a la época medieval, cuando nos consta que abastecía de madera a la zona circundante (Mateos Vicente, 2006, 210). Al situarse el yacimiento sobre una antigua duna arenosa en la que se fueron depositando los distintos materiales no es factible situarlos con total precisión en una estratigrafía que podríamos considerar “tradicional”, lo que sin duda alguna dificulta establecer una evolución temporal de los mismos (Vargas Girón, 2020, 237). Aludiendo a la secuencia estratigráfica obtenida, cabe recordar que fueron cinco los niveles documentados en el transcurso de los últimos trabajos emprendidos en el yacimiento, de manera que el primero de ellos consistía en una capa de arena que cubría el segundo, el cual albergaba enterramientos romanos de los siglos III-IV d. C. que se sitúan sobre el nivel III. Este nuevo estrato de arenas colmata el santuario localizado en el nivel IV, con arenas esta vez ennegrecidas al estar mezcladas con carbones y cenizas, bajo el cual se excavó el nivel V consistente en otro nivel de arenas que constituía el suelo original (Blanco Freijeiro y Corzo Sánchez, 1983, 124; Corzo Sánchez, 1991, 401-402; 2007, 197; Vargas Girón, 2020, 238).

En cuanto a los complejos arquitectónicos documentados, Esteve actuó sobre una estructura de planta rectangular erigida con guijarros pétreos que consideró como una única construcción (fig. 1), si bien creemos que la presencia de dos vanos de entrada podría delatar la existencia de dos edificaciones, la menor de ellas retranqueada respecto a la mayor, unidas por un muro medianero. Una ofrece una planta rectangular (estancias núms. 1 y 7 a 10) a la que se accede desde el este a un patio rodeado de habitaciones que cuentan con puertas internas, junto con un horno cuya función ignoramos hecho con piedras y ladrillos. A ella habremos de añadir otro edificio cuadrangular (estancias núms. 2 a 6) con habitaciones de pequeño tamaño. Sus suelos se formaron con “hormigón” en palabras de Esteve, y en una ocasión con tégulas, sin olvidar que en el área del patio se recuperaron restos de placas de mármol gris. Además, en las terreras cercanas donde se acu-

mulaba la tierra extraída en el transcurso de los trabajos arqueológicos se encontraron restos de tégulas, ímbrices y ladrillos, así como lo que resulta más novedoso, yeso con el que debieron recubrir las paredes. Hemos de suponer que su techumbre sería a dos aguas, con las tégulas, ímbrices y alguna antefija que se hallaron. Adosada al exterior del edificio mayor y cerca del horno se encontró una pileta que se vinculó con una actividad piscícola, si bien en su interior no se encontraron restos de peces como suele ser habitual en este tipo de estructuras, sino fragmentos de *terra sigillatas*, por lo que su finalidad creemos que sigue siendo desconocida (Cobos Rodríguez, 1993, 81). Cabe constatar la presencia de elementos cerámicos entre los que se encuentran piezas de *terra sigillata* y algún fragmento campaniense, así como un vaso de paredes finas del taller de Acco, además de ánforas, cuencos, platos y lucernas, monedas y alguna campanita de bronce. Respecto a esta última hemos de indicar que, aunque también se recuperó una cadenita del mismo metal, no parece que ambos elementos puedan relacionarse como suele ser habitual dado que se hallaron en distintas estancias. Además, cabe hacer mención a la presencia de escorias de hierro, un cuchillo curvado de este mismo material, conchas marinas y fauna, fragmentos de vidrio y una posible pesa de telar (Esteve Guerrero, 1952, 130-132; Cobos Rodríguez, 1993, 81).

Por su parte, el sector excavado por Corzo (fig. 2) contaba con un espacio abierto o *temenos*, sin pavimentación alguna, puesto que su suelo era la propia arena que se mezclaba con la ceniza de fogatas y sobre la que se depositaron los diversos objetos. A su alrededor se erigieron tres sencillos edificios de planta rectangular con zócalos de mampostería de distintos grosores y alzados de tapial, de los que se ha sugerido que debieron contar con cubiertas vegetales (Niveau de Villedary y Mariñas, 2001, 454). Dos de ellos, uno mayor que el otro y subdividido en dos habitaciones, fueron considerados como “tesoros” siguiendo el modelo griego, ya que en su interior se encontraron distintos materiales, como cerámicas y objetos de metal, en tanto la tercera, que contaba con tres habitaciones según indica expresamente el citado autor, aunque en la planta publicada solamente se observan dos, se valoró como la morada del personal al servicio del santuario, puesto que en su exterior se documentó una abundante acumulación de cenizas, huesos de animales y ánforas (Corzo Sánchez, 1984, 144). En una de estas estancias se encontró un grupo de lucernas que habían sido apiladas en una esquina, mientras que en otro de sus ángulos lo fueron una docena de fíbulas. Por su parte, otra de las estancias, aunque como es norma no se indica cuál, albergaba bronce y terracotas (Corzo Sánchez, 1984, 144; 1991, 403). Por

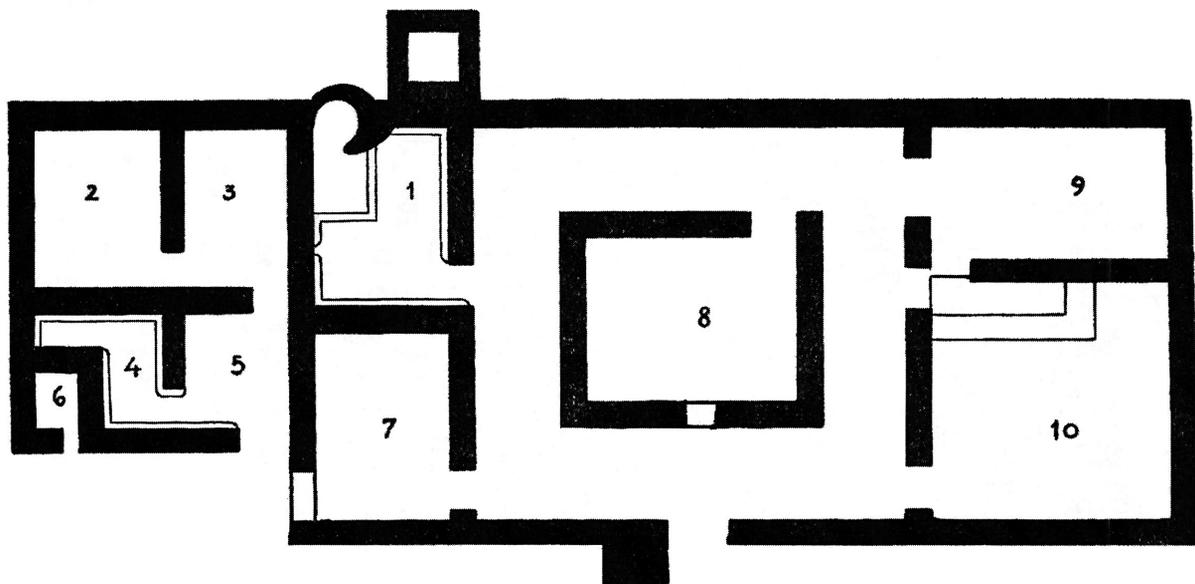


Figura 1. Planta del sector excavado por Esteve (Fuente: Esteve Guerrero).

desgracia, no sabemos si todos los edificios fueron construidos al unísono o bien responden a momentos distintos como parece ser (Corzo Sánchez, 1984, 144). Así mismo, a estas construcciones debemos añadir la presencia de un pozo para la extracción de agua que se ubicaba más cerca del antiguo cauce del río, al igual que podemos hacer mención a varios elementos arquitectónicos como sillares estucados que, sin embargo, no se encontraron en su posición original, junto con una columna que remataba en un capitel corintio y que su excavador sugirió podría haber estado exenta (Corzo Sánchez, 1984, 144; 1991, 400; Ferrer Albelda, 2002, 198-199).

La posible existencia de una columna exenta rematada por un capitel dórico no sería un hecho anómalo o inusual, ya que columnas de este tipo son bien conocidas en contextos fenicios. Sin extendernos en demasiados ejemplos, podemos recordar la documentada en la llamada “*casa del sacello domestico*” de Mozia, fechada a finales del siglo V a. C., aunque elaborada en arcilla y coronada por un capitel eólico (Nigro, 2001-2002, 571-574). Más cercano desde el punto de vista geográfico estaría el capitel del mismo tipo del siglo VI a. C. hallado en aguas de Cádiz y que debió formar parte del Kronion (Almagro-Gorbea y Torres Ortiz, 2010, 251). Además, podemos recordar que en el santuario ebusitano de Isla Plana se encontró un capitel, en esta ocasión también dórico, que ha sido puesto en relación con una base de columna situada dentro de un edificio rectangular con el mismo tipo de suelos que en el sector más reciente de La Algaida (Hachuel y Marí, 1988, 20 y 22).

Como ya dijimos, M. Esteve (1952, 127-129; Sánchez Loaiza, 2009, 528) interpretó lo excavado por él como parte de una factoría de salazones,

que R. Corzo (2007, 197), en cambio, consideró sería una instalación para la reparación de embarcaciones. Por nuestra parte, hemos de confesar que no encontramos argumentos de peso para aceptar ninguna de las dos hipótesis, puesto que entre los materiales hallados no aparecen los abundantes restos de ictiofauna que suelen aparecer en estas instalaciones piscícolas, ni instrumentos de carpintería, por lo que cabría plantearse si los dos espacios conocidos pudieran estar relacionados. Cabe confesar que dilucidar si las dos zonas excavadas corresponden a estructuras distintas, o bien deben considerarse como pertenecientes a dos momentos diferentes en la vida de un mismo santuario, no es una tarea fácil. Y ello a pesar de su cercanía al estar ambos puntos ubicados al sur de la carretera CA-625 que atraviesa el pinar de La Algaida, localizándose el sector sobre el que Esteve actuó más cerca del antiguo brazo del río, pero separados tan solo por poco más de 150 m.

Desde el punto de vista de la técnica constructiva no se aprecian grandes cambios, ya que en los dos sectores los muros se erigen con guijarros pétreos procedentes del lugar. No obstante, es posible advertir serias modificaciones en lo concerniente a su interior, al dotarse la zona excavada por Esteve de una mayor complejidad en lo referente a su subdivisión interna, incluso con un pequeño patio, y la existencia de suelos de distintos materiales. En realidad, si nos fijamos con atención podemos constatar cómo ambos conjuntos responden a dos modelos arquitectónicos distintos, pero bien conocidos en el ámbito constructivo de la religión fenicia desde fechas muy antiguas. Así, lo excavado por Corzo, que resulta ser la zona más antigua, nos remite al conocido como modelo de

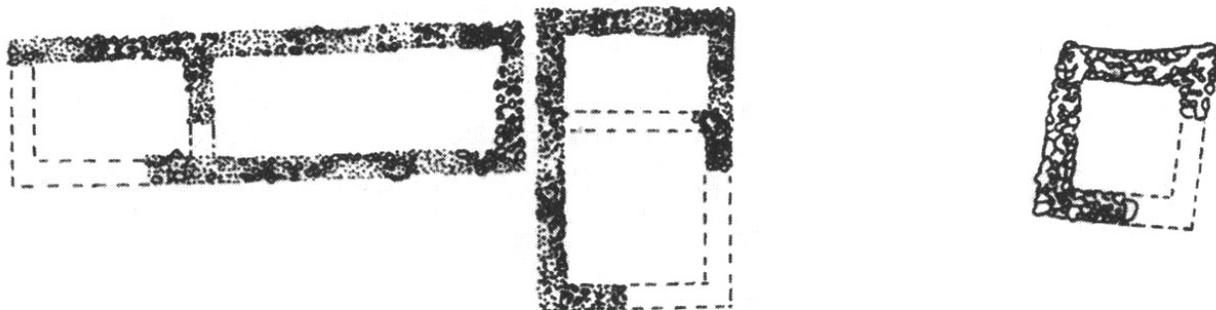


Figura 2. Planta del sector excavado por Corzo (Fuente: Corzo Sánchez)

planta axial, el cual se caracteriza porque los edificios se articulan a partir de un eje longitudinal, con espacios abiertos entre ellos. Por su parte el sector documentado por Esteve, más moderno que el anterior, coincide con otro modelo arquitectónico como es el denominado de patio central, más complejo estructuralmente que el anterior, como por otra parte se ha indicado expresamente para este emplazamiento (Gomes, 2012, 131 y 133).

Respecto a los materiales hallados, es posible constatar cómo algunos son comunes a ambos sitios, según sucede con las monedas, las cerámicas, la fauna, la presencia de conchas marinas o de escorias de hierro, siendo así que también algún elemento de la zona de Esteve, como acontece con la campanita de bronce, tenía un marcado simbolismo religioso por cuanto fueron empleadas para ahuyentar a los malos espíritus sobre todo en relación con la infancia (Fariselli, 2012-2013, 35-37), al igual que los cuchillos de forma curva, bien conocidos en el mediodía peninsular desde los inicios de la colonización fenicia con un carácter simbólico, aunque no creemos que responda al tipo de cuchillo afalcatado que por esas fechas ya no se fabricaba en el mediodía peninsular (Mancebo Dávalos, 2000, 1829). Además, conviene tener presente que en el sector excavado por Corzo abundaban los elementos materiales vinculados con la pesca o la recolección de moluscos, por lo que su presencia en el documentado por Esteve no implica necesariamente que se trate de una instalación industrial.

Desde un punto de vista cronológico podemos comprobar que, frente a lo expuesto por Corzo, el sector más antiguo del santuario parece haber estado en funcionamiento hasta el siglo I a. C., según evidencian las ánforas Mañá C2a y Dressel I, junto con algunas monedas de *Kesse*, *Obulco*, *Carteia*, *Lixus* o *Carissa*, además de un denario romano republicano (López de la Orden y Blanco Jiménez, 2000, 489). Por su parte, el sector de Esteve parece haberse iniciado en esa misma centuria si nos fijamos en el ejemplar de Acco y, tal vez, el fragmento campaniense, continuando hasta la siguiente centuria. En consecuencia, creemos factible que ambos sectores respondan a momentos distintos en la vida de este santuario, siendo el más antiguo el más alejado de la costa, tras lo cual se erige otro más cerca con una estructuración diferente.

LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

Dado el mayor volumen de información aportado por las excavaciones realizadas por Corzo, nos centraremos sobre todo en el estudio de los materiales recuperados por el citado investigador. De los más de 15.000 objetos que fueron recuperados, a los que deberíamos añadir un número imposible de cuantificar a causa de los numerosos expolios a los que ha sido sometido el emplazamiento, unos 8200 fragmentos conforman el repertorio cerámico. Sabemos que se encontraron 55 cuencos lucerna de borde entrante, algunos de muy pequeñas dimensiones, 14 platos de pescado con su característico pocillo central. Así mismo, podemos citar un número indeterminado pero abundante de lucernas y vasos globulares, junto a platos, fuentes, cuencos, lebrillos, morteros, ungüentarios globulares datables en el siglo IV a. C. y otros fusiformes. Estos se acompañan de cerámicas de Kouass consistentes en cuencos de las Formas IX-A, IX-B y IX-C de la segunda mitad del siglo III o inicios del II a. C., junto con cerámicas de barniz negro campanienses (Niveau de Villedary y Mariñas, 2001, 456-457). También se constata la presencia de ánforas fenicias, alguna con una estampilla circular de una paloma grabada en un recipiente que se ha sugerido debe ser del tipo T8.2.1.1 o bien T9.1.1.1 (Zamora López *et al.*, 2020, 153), sin olvidar que se ha publicado la existencia de ejemplares del tipo Mañá C2a fechables en la primera mitad del siglo I a. C. (Vargas Girón, 2020, 327-328). Por su parte, otras ánforas nos remiten a modelos turdetanos y centro mediterráneos, además de algunas más que corresponden a Dressel I de origen itálico (Blanco Freijeiro y Corzo Sánchez, 1983, 126-128; Ferrer Albelda, 2002, 200-201; Marín Ceballos, 2011, 492).

También se han hallado un número indeterminado de placas argéneas rectangulares con dos ojos grabados en las que, a veces, se pueden apreciar sendas perforaciones en sus laterales menores (Horn, 2005, 108 y 111). Del mismo modo, apareció una lámina de plata que debió ir enrollada en el interior de un estuche porta amuletos, y en la que se habían grabado varias deidades egipcias como Thot, Sejmet, etc., la cual se ha relacionado con aspectos salutíferos (García Alfonso, 2010, 260).



Figura 3. Objetos metálicos de La Algaida (Fuente: Corzo Sánchez)

Otro grupo estaba constituido por los objetos de metal, alguno de ellos de origen etrusco (fig. 3), como una figura de bronce en la que vemos un joven recostado que, junto con una garra de felino del mismo material, se ha sugerido que formarían parte de la tapadera de una caja o recipiente (Corzo Sánchez, 1991, 403-404; Bardelli y Graells i Fabregat, 2012, 25-27; Jiménez Ávila, 2018, 396), aun cuando otros autores discrepan de tal aseveración al tenerla por parte de un quemaperfumes metálico (Bandera Romero y Ferrer Albelda, 1994, 52-53; Ferrer Albelda, 2002, 199). En cuanto a la cronología que cabe otorgar a esta pieza de origen etrusco campano se ha planteado que la más apropiada sería finales del siglo VI a. C. (Corzo Sánchez, 1991, 403-404; Bardelli y Graells i Fabregat, 2012, 25-27 y 36-37).

A ellos cabe añadir otros bronceos como una garra de felino, pero esta vez de plata sobredorada, un brazo con una mano alzada, un pie calzado con una bota, otro desnudo y una figurita de una cabra. Al respecto, recientemente se ha defendido que los dos pies no serían obra de ar-

tesanos etruscos como se había propuesto (Corzo Sánchez, 1991, 403), sino restos de sendas imágenes fenicias de *smiting gods* (Ferrer Albelda, 2002, 199; Jiménez Ávila, 2018, 396). Así mismo, se cita la presencia de una cabeza femenina de bronce que formaría parte de una sítula (Corzo Sánchez, 2010b, 258). Otros objetos hallados son tres pendientes de oro y dos de plata, junto con agujas y alfileres, sin olvidar que varios artefactos metálicos podrían corresponder a material médico quirúrgico, como acontece con una cuchara, una pequeña sierra, unas pinzas y una sonda espatulada de bronce (Cobos Rodríguez, 1993, 81). A todo ello podemos sumar tres *bullae* de bronce que se muestran en las vitrinas dedicadas a este yacimiento en el Museo Arqueológico de Cádiz, siendo estos unos amuletos bien conocidos en el mundo romano (González Gutiérrez, 2021, 77).

Respecto a los 476 anillos hallados (fig. 4) podemos decir que 13 de ellos fueron fabricados con plata y el resto en bronce, de los que 331 son lisos y los demás decorados con distintos motivos que fueron grabados en hueco sobre chatones de variadas formas. Estos se han diferenciado en siete grupos distintos que se fechan entre los siglos V-IV a. C., algunos de ellos basculantes, en tanto otros formarían parte de los collares al haber aparecido engarzados con hilos de plata (Corzo Sánchez, 1984, 144; 2000, 152-164). A estos anillos hemos de sumar otros 9 que fueron recuperados más tarde en las terreras (Cobos Rodríguez, 1993, 81). Entre los motivos representados están los vegetales con flores, humanos con la figura de Hércules, un fauno, flautistas, oferentes, figuras sedentes con o sin liras, otras con un caballo a la brida, con un plato y un bastón o Hermes calzándose las grebas. Las imágenes de aves incluyen flamencos, ánsares, cisnes, grullas, ibis, pavos reales, gallináceas, rapaces y cormoranes, a la par que en otros anillos se grabaron animales como el perro, caballo, conejo, escorpión, serpiente, cangrejo, tortuga o cetáceos, sin olvidar los grifos e hipocampos (Corzo Sánchez, 2000, 155; 2010, 280-282; López Amador y Ruiz Gil, 2010, 275-277). Dado el tamaño de algunos de estos anillos Corzo Sánchez (2000, 152) considera que irían colgados de los collares como sellos signatarios, opinión que no es compartida por todos ya que los tienen por ofrendas (Marín Ceballos, 2011, 495-496).

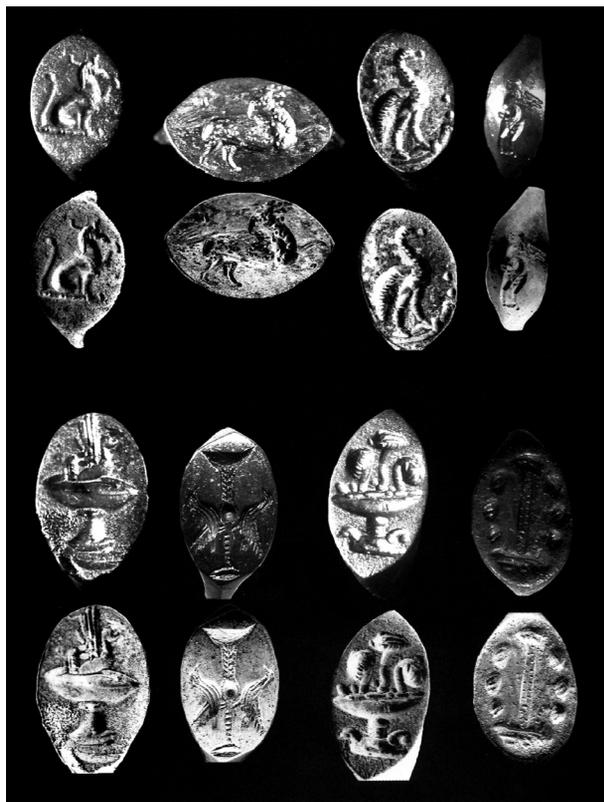


Figura 4. Anillos de La Algaida (Fuente: López Amador y Ruiz Gil).

Por otro lado, sabemos que se recopilaron hasta 101 fíbulas de las que un centenar corresponden a ejemplares anulares de plata y bronce, tipo ibérico por excelencia, algunas de ellas de tamaño muy pequeño y de las que nada más sabemos (Blanco Freijeiro y Corzo Sánchez, 1983, 128; Corzo Sánchez, 2007, 209; Marín Ceballos, 2011, 492-493), en tanto la restante es una fíbula Alcores del tipo I.1.a de Storch de Gracia y Asensio (1989, 74; Ferrer Albelda, 2002, 199), la cual se ha fechado en el siglo VI a. C. (fig. 5).

Dentro del grupo de las terracotas podemos hacer comentario a una completa que representa a una mujer vestida con una túnica que sostiene un niño en sus brazos (Corzo Sánchez, 2007, 208-209; 2010a, 234), la cual representa un grupo formado por una treintena de fragmentos que pertenecen a varias decenas de ejemplares de los que se conservan imágenes de niños y mujeres vestidos (fig. 6), siendo así que incluso se ha defendido que una figura de esta misma tipología conservada actualmente en el Museo Arqueológico de Jaén debe proceder de este yacimiento (Corzo Sánchez, 2007, 202).

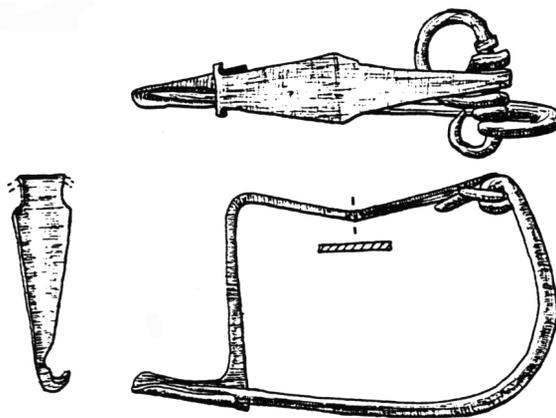


Figura 5. Fíbula tipo Alcores (Fuente: Storch de Gracia y Asensio).

También apareció una cabeza masculina barbada de estilo helenístico que se ha considerado como una importación, así como otra de aspecto mucho más tosco similar a las que se encuentran en el santuario ibicenco de Isla Plana (Corzo Sánchez, 2007, 200), amén de un fragmento de torso con ambos brazos abiertos y un collar, muy posiblemente de una terracota femenina parecida a otras descubiertas en el santuario de Mijas en Málaga (Simón Vallejo *et al.*, 2020, 244). Por último, dentro de estas terracotas podemos hacer mención a medio centenar de fragmentos de quemaperfumes con forma de cabeza de mujer, en uno de los cuales se observa incluso una fíbula anular que une el manto, con una datación que se sitúa en el siglo IV a. C., y entre las que R. Corzo (2007, 206-210) incluye una pieza custodiada en el Museo Arqueológico de Córdoba. También se ha publicado la presencia de parte de un pie de terracota que se supone formaría parte de una escultura (Blanco Freijeiro y Corzo Sánchez, 1983, 124).

Hablando ahora de los escarabeos y escaraboides de esteatita, algunos de los cuales fueron fabricados en Naucratis durante los siglos VII-VI a. C., en tanto otros se consideran obra de talleres fenicios de los siglos IV-III a. C., es posible citar la presencia en ellos de imágenes como la diosa Isis amamantando a Horus niños, faraones o leones (López de la Orden, 1990, 109-110; 2010, 261; Marín Ceballos, 2011, 498), junto con amuletos fálicos de hueso y bronce que muestran unas perforaciones para ser colgados (Blanco Freijeiro y Corzo Sánchez, 1983, 127). En lo relativo a las monedas aquí



Figura 6. Terracota de mujer con infante (Fuente: Corzo Sánchez).

descubiertas, de plata y bronce de las que algunas presentan un orificio para ser engarzadas en collares, y excluyendo tanto aquellas bajo imperiales como modernas e incluyendo una gaditana de plata hallada en las terreras, suman 114 numismas, con ejemplares cartagineses de los tipos caballo parado y palmera, prótomo de caballo y caballo al galope, así como otros que fueron acuñados en las cecas de *Massalia*, *Lixus*, *Cartago*, *Gadir*, *Malaca*, *Castulo*, *Kesse*, *Obulco*, *Osset*, *Carissa*, *Carteia*, *Colonia Patricia* y *Colonia Romula*, así como otras romanas republicanas y alto imperiales en las que se grabaron las efigies de Agripa, Calígula, Claudio I, Nerón, Vespasiano y Domiciano (Alfaro Asins, 1988, 92-93; Cobos Rodríguez, 1993, 81; López de la Orden y Blanco Jimeno, 2000, 487-489; Sánchez Loaiza, 2009, 530-532).

También podemos traer a colación la aparición de 835 cuentas de collar confeccionadas con pasta vítrea. Estas cuentas, de distintos colores (blanco, verde, amarillo, azul, etc.) pueden ser de varios tipos: anulares con 384 ejemplares, esféricas con 93, cilíndricas con 41, otras 10 bicónicas, 3 más agallonadas, 9 elipsoidales y otras 195 de tipología indeterminada, las cuales se ensartaron en hilos de plata. Junto a estas cuentas se hallaron otras 431 de cornalina. A todas ellas habría que añadir 150 cuentas más, tanto de pasta vítrea como de cornalina, que se recogieron en las terreras (Cobos Rodríguez, 1993, 81). Otra pieza que podemos comentar es una cabeza femenina de pasta vítrea con un tocado egiptizante, similar a otras halladas en los santuarios de Castro Marim (López de la Orden, 1990, 109; Gomes, 2012, 98).

Conviene citar igualmente otros 74 colgantes de vidrio con forma de senos femeninos, las conocidas como *mammelas*, y otros dos de cabezas humanas dobles, estos últimos datados entre los siglos IV-III a. C. (Blanco Freijeiro y Corzo Sánchez, 1983, 128; Ruano *et al.*, 1996, 108-109), con todo lo cual, incluyendo conchas marinas y monedas, se confeccionaron collares que fueron entregados por los fieles. Del mismo modo, se conocen al menos un par de amuletos de hueso del tipo Path/Pateco, uno de ellos con orificio para ser ensartado (Blanco Freijeiro y Corzo Sánchez, 1983, 126 y 128).

Entre las ofrendas relacionadas con las actividades piscícolas podemos citar la presencia de 15 anzuelos de bronce, 14 pesas de plomo para

lastrar las redes, 6 agujas de las que una era de hueso y las restantes bronceas, así como una cifra igual de lanzaderas o agujas para coser redes (Varas Girón, 2020, 241-248). A ellas hemos de sumar 406 conchas marinas, algunas de ellas perforadas, así como algunas vértebras de pescado perforadas para formar parte de los collares (Ruano *et al.*, 1996, 100-114). Finalmente nos resta aludir a la presencia de huesos de animales que, por desgracia, no han sido analizados, además de escorias de hierro descubiertas en las terreras del yacimiento (Cobos Rodríguez, 1993, 81).

LOS CULTOS Y RITUALES EN EL SANTUARIO

De forma generalizada este lugar ha sido puesto en relación con una cita del geógrafo griego Estrabón (*Geografía*, III, 1, 9), en la que hace alusión a una isla situada entre los dos brazos del Guadalquivir donde se adoraba a la Luz Divina, la cual no sería otra que la diosa Venus (García y Bellido, 1980, 64-65). En cambio, no está tan claro que el faro al que aluden tanto Estrabón (*Geografía*, III, 1, 9; García y Bellido, 1980, 64) como Mela (*De Chorografía*, III, 34; García y Bellido, 1978, 34) bajo la denominación de *Turris Caepionis*, estuviera emplazado en una isla en la desembocadura del cauce fluvial como se ha sostenido (Christiansen, 2014, 68), sino que más bien habría estado erigido en algún punto de la costa de Chipiona (Gómez Muñoz, 2017, 360).

Recordemos en este sentido que, aunque en el caso concreto que ahora nos incumbe no ha podido constatar con certeza, no es inusual que los templos fenicios se orientaran hacia el ocaso de Venus, en clara relación con la diosa Astarté (Esteban, 2017, 83 y 109), siendo así que incluso se ha apuntado que el edificio cultual de El Carambolo pudo haber sido construido en relación con la luna y este último planeta (Navarro Ortega, 2021, 32 y 185). Dado el carácter astral de esta diosa, fue pronto identificada con dicho planeta, de gran importancia para la navegación (Mateos Vicente, 2006, 209), sin olvidar que también Avieno en su poema *Ora Marítima* (314-317) alude a la existencia de un culto a Venus en la cercana ciudad de Cádiz.

Aunque se acepta que en este lugar fue adorada una divinidad femenina, algunos opinan que debió ser Deméter (Blanco Freijeiro y Corzo Sánchez, 1983, 125-126), en tanto otros optan por Tanit (Horn, 2005, 107-108) o de forma más generaliza-

da por Astarté (López Monteagudo y San Nicolás Pedraz, 1996, 459; Ruano *et al.*, 1996, 117; López de la Orden, Blanco Jiménez, 2000, 487; Navarro Ortega, 2021, 91). En este sentido conviene no olvidar que la presencia de un pozo para agua no resulta en modo alguno inusual en los santuarios dedicados a esta diosa, puesto que el agua es un elemento vinculado con su culto como es bien sabido (Rodríguez Muñoz, 2008, 22-24). Muy ilustrativa es la estampilla de una paloma grabada sobre un ánfora, ya que marcas con esta ave han sido halladas en la propia *Gadir* donde se confeccionaron, y se ponen en relación con Astarté o Tanit (Velázquez Brieva, 2007, 117; Zamora López *et al.*, 2020, 153), en tanto la cabecita femenina de pasta vítrea sería una imagen de Astarté (López de la Orden, 1990, 109; Gomes, 2012, 96).

Pero, además, la presencia de dos smiting gods avalaría que aquí también pudo adorarse un dios masculino, el cual parece que no sería otro que Melqart si nos atenemos a la interpretación dada a este tipo iconográfico (Blanco Freijeiro, 1985, 208-216; Corzo Sánchez, 2005, 93-106). Incluso tampoco debemos olvidar que se conocen representaciones de este dios barbado (Almagro-Gorbea, 2002, 62-64), por lo que quizás no sea descartable que la terracota helenística de una figura masculina madura con barba responda a una imagen suya, aun cuando, como es lógico, esta aseveración debe tomarse con la debida prudencia. Como se ha indicado Melqart era un dios muy relacionado con la pesca (Almagro-Gorbea y Torres Ortiz, 2010, 83-84), lo que explicaría las ofrendas marinas. Además, según su excavador, debió existir algún betilo que pudo ser cubierto periódicamente con los mantos ofrendados (Corzo Sánchez, 198, 144), si bien hasta el momento no se ha encontrado ninguno, tejidos que según dicho autor deben considerarse como ofrendas de mantos nupciales.

Sabemos que tanto Astarté como Melqart tenían entre sus atributos la capacidad de responder las preguntas de los creyentes mediante oráculos. De hecho, consta que en la cercana *Gadir* existían sendos templos dedicados a estos dioses en los que ejercía esta práctica, por lo que nada tendría de extraño que, dada la presencia de Astarté-Tanit y Melqart en La Algaida, también aquí se desarrollase este quehacer (Wagner, 2010, 98-103; Marín Ceballos y Jiménez Flores, 2018, 338-339).

Existe un acuerdo generalizado entre los investigadores a la hora de aceptar que este lugar estuvo consagrado a una divinidad femenina asociada a la fecundidad, de carácter salutífero y relacionada con la navegación. De hecho, algunos elementos recuperados nos hablan claramente de una faceta relacionada con la fertilidad y el nacimiento (Horn, 2005, 103), como sucede con los amuletos en forma de senos o *mammeas*, los falos (Velázquez Brieva, 2007, 113), las terracotas de mujeres con infantes o el escarabeo donde se ve a Isis amamantando, e incluso las *bullae* metálicas tenían como finalidad la protección de la infancia (González Gutiérrez, 2021, 77). E igualmente con un sentido protector debemos contemplar la campanilla broncea puesto que con su sonido se ahuyentaba a los malos espíritus (López Grande et alii, 2022, 217-232).

También los amuletos con forma de Path/Pateco nos hablan de un afán protector de la infancia (López Grande et al., 2014, 189-191). Por su parte, las láminas argéneas con ojos, el material médicoquirúrgico, la lámina de plata del estuche porta amuletos y la terracota tipo Isla Plana nos remiten a prácticas de naturaleza salutífera. De hecho, otras terracotas similares halladas en Bithia en la isla de Cerdeña, muestran distintas posiciones de los brazos sobre el cuerpo que responderían a un intento de sanación mediante la magia (Galeazzi, 1991, 876-878). También las cabecitas humanas de pasta vítrea tenían como finalidad proteger a sus dueños de los malos espíritus (Velázquez Brieva, 2007, 109). Además, tanto Astarté como Melqart tenían entre sus facetas más destacadas la protección de los navegantes, de lo que daría fe la aparición de los anzuelos, pesas, agujas, etc.

Aunque los rituales llevados a cabo debieron ser bastante complejos, apenas sabemos que incluían la ofrenda de tejidos acompañados de fíbulas, anillos, collares y perfumes en ungüentarios, no siendo descartable que se realizaran sacrificios de animales. Aunque se ha señalado que el área abierta fue usada para depositar en ellas las ofrendas (Corzo Sánchez, 2007, 199), creemos que a semejanza de otro santuario coetáneo, como es el Cerro de la Tortuga en Málaga (Martín Ruiz, 2018, 21-22), también se hubiera empleado para llevar a cabo el sacrificio y consumo de animales, como avalarían la fauna y las cenizas de hogueras documentadas.

El papel otorgado a las monedas parece haber sido bastante diverso, ya que si por un lado pudieron haber servido como ofrendas, por otro pudieron ser utilizadas como pago de exvotos o alimentos, e incluso varias como amuletos al mostrar perforaciones para ser ensartadas en collares (López de la Orden y Blanco Jiménez, 2000, 488; Arévalo González, 2006, 86). Algunas lucernas depositadas sobre la arena mostraban sus bordes ennegrecidos (Corzo Sánchez, 1984, 144), por lo que se ha considerado que depositarlas encendidas formaría parte del ritual (Ferrer Albelda, 2002, 200), aunque tampoco se descarta que durante los ritos practicados se inhalaran sustancias psicoactivas depositadas en ellas, y con las que se actuaba sobre los sentimientos de los participantes (López Beltrán y García Ventura, 2008, 33). Así mismo, varias investigadoras no descartan que las conchas perforadas, además de servir como elementos integrantes de los collares, pudieran haberse empleado para emitir sonidos como parte de los rituales llevados a cabo (López Beltrán y García Ventura, 2008, 32-33).

No cabría descartar la realización de actividades económicas, tal vez metalúrgicas como indicarían las escorias de hierro halladas en las terreras, siendo así que se ha defendido que tantos las fíbulas anulares como los anillos habrían sido fabricados localmente (Corzo Sánchez, 1984, 144; Niveau de Villedary y Mariñas, 2001, 455), e inclusive quizás convendría tener en consideración la fabricación de las numerosas terracotas y cuentas de collar, así como también la elaboración de tejidos, aun cuando no es seguro que la pesa hallada en el sector más reciente tuviera dicha finalidad.

A tenor de la tipología de estos artefactos, parece factible aceptar que este lugar fuera visitado tanto por fenicios como por indígenas y quizás preferentemente por mujeres como se ha señalado (Horn, 2005, 103). Si examinamos la ubicación geográfica de este santuario junto con el cercano de Eborá (Martín Ruiz, 2018-2019, 107-110), podemos advertir cómo ambos siguen una estrategia de control ideológico del territorio desde *Gadir*, en este caso concreto de la entrada al Lago Ligustino (Mateos Vicente, 2006, 213). Se trataría de un proceso similar a lo que se ha sugerido para tierras del interior como sucede con los santuarios extremeños de La Aliseda y Las Cortinas, los cuales habrían sido eficaces instrumentos por parte de la aristocracia in-

dígena (Rodríguez Díaz *et al.*, 2017, 304-305). En este caso creemos que serían las elites gaditanas las que ejercerían este control a través del ámbito religioso, quizás dirigido desde los templos de Astarté y Melqart existentes en la urbe (Rodríguez Ferrer, 1998, 105-110; Marín Ceballos, 2011a, 54-60).

LA CUESTIÓN DE LA CRONOLOGÍA

A continuación expondremos la datación sugerida para algunas de las piezas halladas, si bien lo cierto es que la falta de una secuencia estratigráfica al tratarse de un nivel de arenas dificulta su datación. Así pues, esta habrá de basarse exclusivamente en la que nos puedan proporcionar los propios artefactos recuperados, tarea no siempre fácil dado el amplio margen temporal que algunos de ellos pueden ofrecer. Es posible que el lugar fuese frecuentado durante los siglos VII-VI a. C., a juzgar por la cronología que ofrecen materiales como los dos escarabeos de Naucratis, la fíbula tipo Alcores o la figura masculina etrusco-campana, y a las que quizás pudiéramos sumar las figuras de smiting gods, si bien tampoco cabe descartar que hubiesen sido depositados más tarde tras un proceso de amortización.

No obstante, la mayor parte de los materiales documentados son más recientes. Así, los ungüentarios globulares se datarían en el siglo IV a. C., en tanto los cuencos de Kuass lo hacen entre los siglos III-II a. C. Si hubiera recipientes anfóricos del tipo T 8.2.1.1 deberían fecharse entre los siglos IV-III a. C., mientras que si lo fuesen del tipo T 9.1.1.1 lo serían entre los siglos III-II a. C. (Ramon Torres, 1995, 225-226). En relación con los anillos ya vimos que se situaban temporalmente entre los siglos V-IV a. C., mientras que la terracota con fíbula lo sería en el IV a. C. Excepto los escarabeos antes mencionados, los restantes se han fechado entre los siglos IV-III a. C., la misma datación que se ha otorgado a los colgantes de pasta vítrea con forma de cabeza humana. Por su parte las placas de plata con ojos se han datado entre los siglos IV-II a. C. (Horn, 2005, 99). Si nos fijamos en los márgenes temporales aportados por los numismas, podemos ver cómo los más antiguos hacen acto de presencia a inicios del siglo IV a. C., cesando a lo largo del siglo I d. C. (López de la Orden y Blanco Jiménez, 2000, 487-488), en tanto también es posible constatar la existencia de ánforas Mañá C2a y Dressel I que se fechan en el siglo I a. C.

En consecuencia, y sin negar una posible presencia durante el siglo VI a. C., el grueso de los materiales se sitúan a partir de la siguiente centuria, con una mayor abundancia entre los siglos IV-III a. C. Para su excavador la cronología de este lugar de culto comprendería desde los siglos VI/V al II a. C., dando por seguro que cuando Estrabón lo cita en el siglo I a. C. ya había sido abandonado al no valorar como religioso el espacio excavado con anterioridad (Corzo Sánchez, 2007, 197). No obstante, según indicamos, parece factible aceptar que cuando el geógrafo heleno escribió su obra el santuario, o mejor dicho, una parte del mismo, estaría todavía en funcionamiento.

CONCLUSIONES

La Algaida fue en la Antigüedad un santuario ubicado en una isla a la entrada de los esteros del Guadalquivir, muy cerca del antiguo brazo más oriental. Según parece en el mismo se habrían adorado una divinidad femenina, Astarté o Tanit, quizás con más probabilidades la primera, así como tal vez otra masculina como sería Melqart, con una faceta relacionada con la fertilidad, la salud, la navegación y quizás de carácter oracular. El inicio de su actividad podría situarse hacia el siglo VI a. C., aunque con mayor seguridad en la siguiente centuria, perdurando hasta el siglo I a. C. en que se trasladaría unos pocos cientos de metros, para finalizar su uso a lo largo del siglo I d. C., de manera que Estrabón no estaría errado cuando en el siglo I a. C. aludía a su existencia. Tras su abandono durante los siglos III-IV d. C. el lugar fue utilizado como necrópolis.

Aunque por regla general solamente se considera como sagrado uno de los dos sectores excavados, y con toda la prudencia debida dada la parquedad de los datos disponibles, creemos, sin embargo, que debe descartarse que la zona excavada por Esteve corresponda a una factoría de salazones o una instalación para la reparación de navíos, sino que las dos áreas constructivas documentadas corresponderían a momentos distintos en la vida del santuario, la más antigua de acuerdo con el modelo de planta axial, acompañado de otros elementos como el pozo o la columna exenta, y la más reciente y cercana a la costa relacionada con el de patio central.

Los cultos llevados a cabo parecen haber sido bastante complejos, y en los que se advierte una especial predilección por lo relacionado con la

maternidad y la infancia. También se percibe un interés por preservar la salud, e inclusive por la navegación, sin que tampoco debamos dejar de lado el papel que pudo haber jugado la astronomía, en concreto con el planeta Venus. Entre las ofrendas realizadas destacan los collares, las terracotas, los anillos y los tejidos con sus fíbulas. Como parte de los rituales llevados a cabo parece que se emplearon sonidos, y sin que quepa descartar el posible uso de sustancias sicotrópicas.

Aun cuando apenas tenemos constancia fiable, salvo la presencia de escorias de hierro en ambos sectores, era habitual que en estos lugares sagrados se realizaran también actividades de carácter productivo. Su existencia, junto al cercano de Eborá, respondería a un intento de controlar ideológicamente el acceso a esta trascendental vía de comunicación. Creemos que este control debió ser ejercido por la cercana *Gadir*, donde las deidades aquí adoradas contaban con un fuerte arraigo desde varios siglos antes de la fundación del santuario que ahora nos ocupa. De hecho, si nos basamos en los materiales documentados, a este santuario acudirían tanto fenicios como indígenas.

En definitiva, y a la espera de una deseable publicación más detallada de estos descubrimientos, esperamos que estas líneas hayan contribuido a conocer un poco mejor este yacimiento que todavía no ha sido excavado en su totalidad, y cuya importancia en el marco de lo acontecido en la bahía gaditana y la desembocadura del Guadalquivir a lo largo de la segunda mitad del I milenio a. C es incuestionable.

BIBLIOGRAFÍA

- Alfaro Asins, C. (1988), *Las monedas de Gadir/Gades*, Fundación para el Fomento de los Estudios Numismáticos, Madrid.
- Almagro-Gorbea, M. (2002), “Melqart-Heracles matando al toro celeste en una placa ebúrneá de Medellín”, *Archivo Español de Arqueología*, 75, 59-73.
- Almagro-Gorbea, M. y Torres Ortiz, M. (2010), *La escultura fenicia en Hispania*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- Arévalo González, A. (2006), “El valor simbólico y el uso cultural de la moneda en la costa gaditana”, en *Moneda, cultes i ritus*, Gabinet Numismàtic de Catalunya, Barcelona, 75-96.
- Avieno (2001), *Fenómenos. Descripción del orbe terrestre. Costas Marinas*, editorial Gredos, Madrid.
- Bandera Romero, M. L. de la y Ferrer Albelda, E. (1994), “El timiaterio orientalizante de Villagarcía de la Torre (Badajoz)”, *Archivo Español de Arqueología*, 67, 41-61.
- Bardelli, G., Graells i Fabregat, R. (2012), “Wein, Weib und Gesang. A propósito de tres apliques de bronce arcaicos entre la Península Ibérica y Baleares”, *Archivo Español de Arqueología*, 85, 23-42.
- Blanco Freijeiro, A. (1985), “Los nuevos bronce de Sancti Petri”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 182, 2, 207-216.
- Blanco Freijeiro, A. y Corzo Sánchez, R. (1983), “Monte Algaida. Un santuario púnico en la desembocadura del Guadalquivir”, *Historia* 16, 87, 123-128.
- Christiansen, J. (2015), “Les phares antiques, entre défense et aide à la navigation. Exemples en Méditerranée Occidentale”, *Defense Architectures of the Mediterranean XV to XVIII centuries*, vol. II (P. Rodríguez Navarro, Ed.), Universitat Politècnica de València, Valencia, 65-70.
- Cobos Rodríguez, J. L. (1993), “Informe de los trabajos realizados en el yacimiento de Monte Algaida. (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía/1991, III*, Sevilla, 80-82.
- Corzo Sánchez, R. (1984), “El santuario de La Algaida”, *Cádiz y su provincia: arte antiguo*, editorial Gener, Sevilla, 137-171.
- Corzo Sánchez, R. (1991), “Piezas etruscas del santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)”, *La presencia del material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica en la Península Ibérica*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 399-411.
- Corzo Sánchez, R. (2000), “El santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz) y la formación de sus talleres artesanales”, *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas* (B. Costa, J. H. Fernández, Eds.), Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Eivissa, 147-183.
- Corzo Sánchez, R. (2005), “Sobre las primeras imágenes y la personalidad originaria del Hércules Gaditanus”, *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología*, 14, 91-122.

- Corzo Sánchez, R. (2007), “La coroplastia del santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz”, *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina* (M. C. Marín Ceballos y F. Horn, Eds.), Universidad de Sevilla, Sevilla, 195-218.
- Corzo Sánchez, R. (2010a), “Nodriza sagrada”, *Cádiz y Huelva. Puertos fenicios del Atlántico* (M. D. de la Orden y E. García Alfonso, Eds.), Junta de Andalucía, Sevilla, 234-235.
- Corzo Sánchez, R. (2010b), “Conjunto de esculturas y objetos votivos”, *Cádiz y Huelva. Puertos fenicios del Atlántico* (M. D. de la Orden y E. García Alfonso, Eds.), Junta de Andalucía, Sevilla, 258-259.
- Esteban, C. (2017), “Lugares de culto y astronomía en Iberia y el norte de África durante la Protohistoria”, *Entre el cielo y la tierra. Arqueoastronomía de Arqueología fenicio-púnica* (A. C. González García y B. Costa Ribas, Eds.), Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, 81-116.
- Esteve Guerrero, M. (1952), “Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). Fábrica de salazón romana en La Algaida”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 1, 126-133.
- Fariselli, A. CH. (2012-2013), “Bambini e campanelli: note preliminari su alcuni effetti sonori nei rituali funerari e votivi punici”, *Byrsa. Scritti sull'antico oriente Mediterraneo*, 21-22/23-24, 29-44.
- Ferrer Albelda, E. (2002), “Topografía sagrada del extremo Occidente: santuarios, templos y lugares de culto de la Iberia púnica”, *Ex Oriente Lux: las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica* (E. Ferrer Albelda, Ed.), Universidad de Sevilla, Sevilla, 185-217.
- Galeazzi, O. (1991), “Le figurine votive di Bithia tra paleopatologia e paleoantropologia”, *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* (S. Moscati, ed.), CNR, Roma, vol. II, 875-879.
- García Alfonso, E. (2010), “Lámina grabada con divinidades egipcias”, *Cádiz y Huelva. Puertos fenicios del Atlántico* (M. D. de la Orden y E. García Alfonso, Eds.), Junta de Andalucía, Sevilla, 260.
- García y Bellido, A. (1978), *La España del siglo primero de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)*, Espasa Calpe, 3ª edición, Madrid.
- García y Bellido, A. (1980), *España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Strabon*, Espasa Calpe, 7ª edición, Madrid.
- Gomes, F. B. (2012), *Aspectos do sagrado na colonização fenícia. Contextos de culto de influencia oriental na Idade do ferro do Sud de Portugal /séculos VIII-III a. n. e.*, Universidade de Lisboa, Lisboa.
- Gómez Muñoz, M. S. (2017), “Turrís Caepinis, antiguo faro de Chipiona. Ubicación y visibilidad desde la costa en época romana”, *Construyendo la Antigüedad. Actas del III Congreso Internacional de Jóvenes Investigadores del Mundo Antiguo* (J. J. Martínez García, Coord.), Universidad de Murcia, Murcia, 353-379.
- González Gutiérrez, P. (2021), *Soror. Mujeres en Roma*, Ediciones Desperta Ferro, Madrid.
- Hachuel, E. y MARÍ, E., (1988), *El santuario de la Illa Plna (Ibiza). Una propuesta de análisis*, Museo Arqueológico de Ibiza, Ibiza.
- Horn, F. (2005), “Le visible et le invisible. Réflexions sur l'interprétation des plaquettes oculaires métalliques de la Péninsule Iberique préromaine”, *Archivo Español de Arqueología*, 78, 97-117.
- Jiménez Ávila, J. (2018), “Una nueva figura de bronce fenicia hallada en Huelva”, *Homenaje a Juana Bedia* (J. M. García Rincón y L. Pérez Iriarte, Coords.), Junta de Andalucía, Sevilla, 385-407.
- López Amador, J. L. y Ruiz Gil, J. A. (2010), “Las ofrendas del santuario gaditano de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda)”, *Cuaternario y Arqueología. Homenaje a Francisco Giles Pacheco*, Diputación Provincial de Cádiz, Cádiz, 271-281.
- López Beltrán, M., García Ventura, A. (2008), “Materializing music and sound in some phoenician and punic contexts”, *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 40, 27-36.
- López Grande, M. J., Velázquez, F., Fernández, J. H. y Mezquida, A. (2014), *Amuletos de iconografía egipcia procedentes de Ibiza*, Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Eivissa.
- López Grande, M. J., Velázquez, F., Mezquida, A., Fernández, J. H. (2022), *Campanitas halladas en Ibiza en contexto púnico*, Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Eivissa.

- López de la Orden, M. D. (1990), *La glíptica de la Antigüedad en Andalucía*, Universidad de Cádiz, Cádiz.
- López de la Orden, M. D. (2010), “Escarabeo”, *Cádiz y Huelva. Puertos fenicios del Atlántico* (M. D. de la Orden y E. García Alfonso, Eds.), Junta de Andalucía, Sevilla, 261.
- López de la Orden, M. D. y Blanco Jiménez, F. J. (2000), “Las monedas de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)”, *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicio y Púnicos, I* (M. E. Aubet y M. Barthélemy, Eds.), Universidad de Cádiz, Cádiz, 487-508.
- López Monteagudo, G. y San Nicolás Pedraz, M. P. (1996), “Astarté-Europa en la Península Ibérica. Un ejemplo de *interpretatio romana*”, *Complutum Extra*, 6, 1, 451-470.
- Mancebo Dávalos, J. (2000), “Análisis de los objetos metálicos en el período Orientalizante y su conexión con el mundo fenicio. Los cuchillos afalcatados”, *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicio y Púnicos, IV* (M. E. Aubet y M. Barthélemy, Eds.), Universidad de Cádiz, Cádiz, 1825-1834.
- Marín Ceballos, M. C. (2011a), “Reflexiones en torno al papel económico-político del templo fenicio”, *Cultos y ritos de la Gadir fenicia* (M. C. Marín Ceballos, Coord.), Universidad de Cádiz, Cádiz, 47-62.
- Marín Ceballos, M. C. (2011b), “Santuarios prerromanos de la costa andaluza”, *Cultos y ritos de la Gadir fenicia* (M. C. Marín Ceballos, Coord.), Universidad de Cádiz, Cádiz, 491-532.
- Marín Ceballos, M. C., Jiménez Flores, A. M. (2018), “El oráculo onírico de Melqart en Gadir”, *Folia Phoenicia. An International Journal*, 2, 337-340.
- Martín Ruiz, J. A. (2018), “El santuario fenicio del Cerro de la Tortuga (Málaga). Un ensayo de interpretación”, *Hispania Antiqua. Revista de Historia Antigua*, XLII, 1-36.
- Martín Ruiz, J. A. (2018-2019), “El tesoro de Eborra. ¿Conjunto sacro de un santuario turdetano?”, *Takurunna. Anuario de Estudios sobre Ronda y la Serranía*, 8/9, 93-118.
- Mateos Vicente, R. (2006), “Santuarios litorales y control del territorio”, *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología*, 15, 205-216.
- Navarro Ortega, A. D. (2021), *Astarté en el extremo occidente: la diosa de El Carambolo*, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Nigro, L. (2001-2002), “Un arredo in terracotta conformato a capitello eólico da Mozia”, *Scienze delle Antichità. Storia, Archaeologia, Antropologia*, 11, 367-377.
- Niveau de Villedary y Mariñas, A. M. (2001), *Las cerámicas gaditanas barnizadas tipo Kuass. Tipología, producción y distribución*, Tesis Doctoral, Universidad de Cádiz, Cádiz.
- Ramon Torres, J. (1995), *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- Rodríguez Díaz, A., Pavón Soldevilla, I., Dique Espino, D. M. (2017), “Aproximación al contexto de las joyas de La Aliseda: reinventando la tradición”, *Historia de tesoros. Tesoros con Historia* (A. Rodríguez, I. Pavón, D. M. Duque, Eds.), Universidad de Extremadura, Cáceres, 277-318.
- Rodríguez Ferrer, A. (1998), “El templo de Hércules-Melkart. Un modelo de explotación económica y prestigio político”, *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, vol. II (G. Pereira Menaut, Ed.), Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 101-117.
- Rodríguez Muñoz, R. (2008), “El uso cúlrico del agua en el mundo fenicio y púnico. El caso de Astarté de Cádiz”, *Herakleion. Revista Interdisciplinaria de Historia y Arqueología del Mediterráneo*, 1, 21-40.
- Ruano, E., Moreno, R. y Pellús, P. (1996), “Los colares de La Algaida: ofrendas de un santuario gaditano”, *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 36, 107-133.
- Sánchez Loaiza, V. (2009), “Las monedas de la factoría de salazón de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)”, *Actas del XIII Congreso Nacional de Numismática*, vol. I, (A. Arévalo, Eds.), Universidad de Cádiz, Cádiz, 525-536.
- Simón Vallejo, M. D., Rubia de Gracia, J. J. de, Belén Deamos, M. y Ferrer Albelda, E. (2020), “Un santuario tardopúnico en Mijas (Málaga)”, *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo. IX Congreso Internacional de Fenicios y Púnicos*, vol. I. (S. Celestino Pérez y E. Rodríguez González, Eds.), Junta de Extremadura, Mérida, 239-252.
- Storch de Gracia y Asensio, J. J. (1989), “Las fíbulas tartésicas”, *Homenaje al prof. Antonio Blanco Freijeiro*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 69-105.

- Vargas Girón, J. M. (2020), “Ofrendas de carácter pesquero en santuarios litorales: el caso de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)”, *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología*, 29 2, 235-257.
- Velázquez Brieva, F. (2007), “Los amuletos púnicos y su función mágico-religiosa”, *Magia y superstición en el mundo fenicio-púnico*, (B. Costa y J. H. Fernández, Eds.), XXI Jornadas de Arqueología fenicio-púnica, Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Eivissa, 97-141.
- Wagner, E. C. (2010), “Sobre inciensos, trances y (algunas) diosas. Una perspectiva etnobotánica”, *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, 15, 91-103.
- Zamora López, J. A., Sáez Romero, A. M. y Lavado Florido, M. L. (2020), “Estampillas anfóricas y grafitos púnicos recuperados en el solar de Los Chinchorros (calle San Bartolomé, Cádiz)”, *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología*, 22, 139-168.

